



1

Vamos a conocer a Tom

—¡Tom! —gritó tía Polly—.

¡Tom! ¿No me oyes? —insistió sin oír respuesta—.

¿Dónde estará ese chico?

La anciana se bajó las gafas y examinó la habitación.

Llevaba gafas, pero le servían más para presumir que para corregir su vista cansada.

Esperó un momento y volvió a llamarle en voz alta:

—¡Tom! Si te cojo te voy a dar una...

Tom no contestaba, pero tía Polly tenía la sensación de que estaba cerca.

Refunfuñar es decir algo entre dientes en señal de enfado.

Se agachó y buscó con su escoba por debajo de la cama. Sólo consiguió hacer salir de allí al gato.

«No hay forma de pillar a ese jovencito...», **refunfuñó**. Salió al jardín y buscó entre las plantas y los hierbajos.

—¡Eh, Tom! ¡Tom! —volvió a gritar, ahora más fuerte.

Entonces oyó un ruido detrás de ella. Se giró a tiempo para coger al muchacho por la chaqueta.

La **despensa** es el lugar donde se guardan los alimentos en una casa.

—¡Ya te tengo! ¿Qué hacías en la **despensa**?

—Nada —respondió Tom.

—¿Seguro? Mira tus manos y tu boca.

¿Qué son esas manchas?

—No lo sé, tía.

—Pues es mermelada.

Te he dicho muchas veces que, si cogías mermelada, te castigaría.

¡Dame ese palo!

Y se puso a agitar el palo en el aire como si fuera a pegarle.

—¡Tía! ¡Mire detrás de usted! —dijo Tom de pronto.

La vieja se dio la vuelta y Tom escapó. Saltó la valla y desapareció.

Tía Polly, de nuevo engañada por Tom, murmuraba:

—¡Demonio de chico! ¿No aprenderé nunca?
¿No me ha hecho ya bastantes trastadas?
Yo ya soy vieja. No sé qué hacer.
Es el hijo de mi difunta hermana y me da pena pegarle.
Si le perdono, pienso que no hago bien...
Pero, si esta tarde no va a la escuela,
le haré trabajar el sábado,
aunque los demás niños tengan fiesta.

Aquella tarde, Tom no fue a la escuela,
tal como sospechaba tía Polly.
Volvió a casa con el tiempo justo para ayudar
al negrito Jim a partir leña para la cena.
Tom le explicaba sus aventuras
mientras estaban ocupados con la leña.
En esta tarea, también les ayudaba Sid,
un chico tranquilo que era el hermanastro de Tom.

Mientras Tom cenaba, tía Polly le hizo preguntas
para pillarle en alguna mentira:

—Hacía mucho calor en la escuela, ¿verdad, Tom?
—Sí, tía.
—¿Tuviste ganas de bañarte en el río?
—No, tía; bueno, quizás un poquito —respondió Tom
un poco nervioso.

La **camisa** de entonces era una prenda de vestir sin botones que cubría el torso y se sacaba por la cabeza.

Entonces la anciana le tocó la **camisa** para comprobar si estaba húmeda. Sería la prueba de que Tom se había bañado. Pero la camisa estaba seca... Tía Polly se sintió satisfecha por haber actuado con tanto disimulo.

Tom, que se había dado cuenta de la intención de tía Polly, dijo:

—Algunos compañeros nos mojamos la cabeza. Yo aún la tengo mojada.

A tía Polly se le había escapado este detalle. Volvió a insistir:

—Si sólo te has mojado la cabeza, no has tenido que sacarte la camisa y arrancarle el cuello que te cosí, ¿verdad? A ver, desabróchate la chaqueta.

Tom se desabrochó la chaqueta; el cuello de la camisa estaba cosido.

Escarmentar significa aprender de los errores cometidos para no volver a caer en ellos.

—¡Caramba! Creía que no habías ido a la escuela y te habías escapado a nadar al río. Creo que has **escarmentado** y eres mejor de lo que pareces.

Tía Polly estaba contenta porque parecía que Tom había obedecido. Pero entonces Sid, el hermanastro de Tom, dijo:

—Yo diría que usted le cosió el cuello con hilo blanco, y ahora es negro.

—Es verdad. Lo cosí con hilo blanco. ¡Tom!

Entonces Tom se escapó por la puerta diciendo:

—¡Me las pagarás, Sid!

Cuando estuvo a salvo, revisó las dos agujas que llevaba debajo de las **solapas**, una con hilo negro y la otra con hilo blanco. Se había equivocado de color al coser el cuello después de bañarse en el río.

La **solapa** es la parte delantera de una prenda de vestir que se dobla hacia fuera.

—Si no fuera por Sid —murmuró Tom—, tía Polly no me habría descubierto. Ella no cose siempre con el mismo hilo y no se habría dado cuenta. ¡Cuando pille a Sid, se va a enterar!

Dos minutos después, ya se había olvidado de todo. Tenía una nueva preocupación. Había aprendido a silbar y deseaba practicar a solas. Era un silbido especial, como el trino de un pájaro.

Lo conseguía haciendo vibrar la lengua con el paladar.
Tom estaba muy contento con sus nuevos sonidos.
Se sentía como un astrónomo
que hubiese descubierto un nuevo planeta.

Andando por la calle, ya casi de noche,
Tom se encontró con alguien delante de él.
De repente dejó de silbar.
Era un chico más alto que él
e iba bien vestido para ser un día laborable.
Llevaba puesta una elegante chaqueta azul,
muy bien confeccionada, como los pantalones.
También llevaba un estupendo sombrero
y un brillante pedacito de cinta como corbata.

Parecía un chico de ciudad. A Tom no le gustó nada.
Se sentía vulgar y ordinario al comparar
sus prendas con las de aquel chico.

Los dos se miraron un rato, sin decirse nada.
Al fin, Tom dijo:

- Podría pegarte.
- Que te crees tú eso.
- Puedo hacerlo, no lo dudes –le advirtió Tom.
- No es verdad –contestó el muchacho.
- Sí puedo.
- ¡No!

- ¡Que sí!
- ¡Te digo que no!

Hubo una pausa y, al cabo de un rato, Tom preguntó:

- ¿Cómo te llamas? ¡Contesta!
- ¿Y a ti qué te importa? –le dijo el muchacho.
- Ya lo creo que me importa.
- ¿Y qué harás si no te lo digo?
- ¿Quieres verlo?
- Sí. ¿Qué vas a hacer?

Entonces, Tom, haciéndose el valiente, le dijo:

- Te crees muy gracioso, ¿no?
- Si quiero, puedo atarme una mano a la espalda y tirarte al suelo con la otra.
- ¡Yo sí que lo haré si sigues diciendo tonterías!
- Te crees muy importante, ¿no?
- ¡Menudo sombrero llevas!
- Atrévete a tocarlo y verás lo que te pasa.
- No dices más que mentiras –añadió Tom.
- Igual que tú.
- Si me das la lata, cojo una piedra y te abro la cabeza.
- ¿A que no lo harás?
- No lo dudes. Lo haré.
- ¿A qué esperas? Eres un cobarde.
- No soy un cobarde.

—Sí lo eres.

—No.

—Sí.

Entonces los dos chicos se callaron
y empezaron a dar vueltas uno alrededor del otro.
Se miraban fijamente a los ojos.
Comenzaron a empujarse con los hombros
y Tom, amenazante, dijo:

—¡Vete de aquí!

—Lárgate tú.

—No me da la gana.

—Pues a mí tampoco.

Estuvieron un rato empujándose
con todas sus fuerzas,
hasta que acabaron cansados y acalorados.
Entonces pararon un momento y Tom dijo:

—¡Eres un niño y un cobarde!

Se lo diré a mi hermano mayor.

Puede hacerte papilla
con el dedo meñique.

—¡Me río yo de tu hermano!

Mi hermano es aún mayor
y más fuerte que el tuyo.

—Eso es mentira.

Tom, que siempre iba descalzo,
trazó una línea en el suelo
con el dedo gordo del pie y dijo:

—Si pasas la línea, te pegaré una paliza.

El muchacho forastero pisó la línea y dijo:

—Ahora vamos a ver si te atreves.

—Si me das dos **centavos**, lo hago.

El muchacho le ofreció dos centavos burlescamente
y Tom los arrojó al suelo de un manotazo.

Entonces empezaron a pelear.
Rodaban y daban vueltas por el suelo,
agarrados uno al otro como gatos
y cubriéndose de polvo por todas partes.
Se tiraban de los pelos, se daban puñetazos,
se arañaban la nariz...

Al final, Tom consiguió ponerse
encima del otro muchacho
y siguió pegándole puñetazos, una y otra vez.

—Di «Me rindo». ¡Dilo!

—chilló Tom, furioso,
mientras su rival lloraba de rabia.

Un **centavo** es una moneda americana cien veces menor que un dólar, como un céntimo de nuestros euros.

Por fin, el muchacho pronunció un débil «Me rindo». Tom le dejó levantarse y le dijo:

—Eso es para que aprendas.
La próxima vez, ve con cuidado.

El muchacho derrotado se marchó,
sacudiéndose el polvo.
De vez en cuando, volvía la cabeza
y amenazaba a Tom.

De repente, el chico cogió una piedra
y se la tiró a Tom.
Le dio en la espalda y huyó corriendo.
Tom le persiguió hasta su casa,
y así se enteró de dónde vivía.
La madre del chico salió de la casa,
insultó a Tom y le ordenó que se fuera.

Cuando Tom llegó a su casa, era muy tarde.
Entró por la ventana para que nadie le viera.
Pero su tía le esperaba.
En cuanto vio sus ropas sucias,
le castigó a trabajar el sábado.
Y eso era lo que Tom más odiaba.